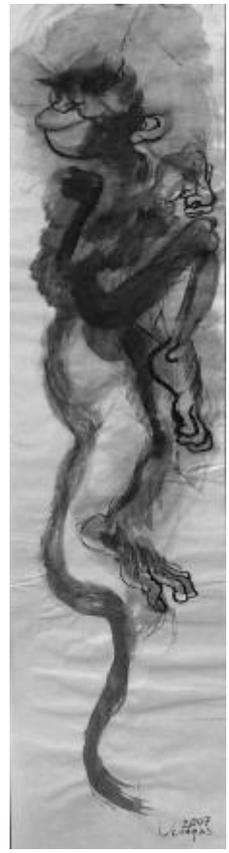
Mariátegui retratista

ALBERTO PAREDES

José Carlos Mariátegui (Moquegua, Perú, 1895-1930) carga con la leyenda de ser el pionero (no creo que "uno de los" sino "el", al menos entre los que cuentan) del análisis marxista en Hispanoamérica. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1929) es un esfuerzo capital por diagnosticar la encrucijada de su país. Es uno de los libros más admirables en los afanes por comprender la querella de un país americano. Libro pionero en el intento de aplicar el pensamiento y la metodología marxistas a un asunto hispanoamericano. Pero no es un libro memorable por el vuelo de la pluma, aun si, por supuesto, su prosa es pulcra. Creo que otros textos suyos, como este de las "Últimas aventuras de la vida de don Ramón del Valle-Inclán", le dejan un espacio más holgado para encontrar su sabor como literato. En él no se depone ni desdice de sus convicciones tan profundas e irrenunciables, pero las toma desde una sensibilidad cordial y amena. Es más literato aquí que en su libro mayor, regido por el debate político. Aquí vuelve a asestar sus certezas, como la frase tan directa de que "el porvenir no será liberal, sino socialista", mas aparecen enriquecidas por el interés humano en Valle-Inclán, de suerte que, parafraseando al propio Mariátegui, ese porvenir "no lo piensa como político, ni como intelectual; lo siente como artista, lo intuye como hombre de genio". En este texto comparece, pues, el Mariátegui luchador intelectual fortalecido por el hombre sensible que presenta sus afectos.



El eje del texto es un retrato. El ensayo matiza su proselitismo y análisis "socialista" con un interés humano que se encuadra dentro de un género literario: dibujar a un hombre. Que una personalidad señera surja de las palabras; genio, figura y rasgos físicos conforman lo que en literatura como en artes plásticas se llama *retrato*. Pero el retrato mismo del gran anarquista gallego entra desde una vía sesgada y coqueta: "Este gran don Ramón de las barbas de chivo", según el verso de Rubén Darío. Las barbas. Mariátegui es aquí un socialista marxista ligero y anecdótico que ocupa placenteramente los dos párrafos iniciales con una disertación de las barbas. Disertación que uno se imaginaría lógica en las plumas ingeniosas y "frívolas" de Lamb, Wilde, Gómez de la Serna, Torri, Novo, incluso el Reyes de *Las burlas veras*… La literatura siempre estará hecha de compensaciones y equilibrios logrados con pequeñas astucias y detalles agraciados.

El preámbulo de las barbas (algo así como caracterología de los barbados) instala el ensayo en la ligereza, lo dota de buen humor. Pues cuántas veces el ensayo no literario tiene una buena pluma y se desenvuelve con corrección verbal pero no atrapa la atención en su factura ya que su humor es seco: aséptico y neutral. El humor, la sensación de un pacto con el lector de que se puede ser juguetón y ligero a la hora de argumentar cosas tal vez serias, posibilita el vínculo literario. Nadie le pediría a esos dos parrafitos que fueran exhaustivos y cabales en su caracterología de la barba, que dieran historia y psicología puntuales; sabemos que no se trata de eso sino de tocar una cuerda y sostenerla por ese tiempo introductorio. Su cometido es hacernos sentir —con palabras— que don Ramón es su barba, que no está nada mal empezar por aquí una breve semblanza del gran batallador español, que mucha fortuna hay en el verso de Rubén Darío.

Sigamos identificando la astucia, en esto de las barbas de Valle-Inclán. Mariátegui es, qué duda cabe, uno de los grandes guerreros de y con la pluma en Hispanoamérica; él conoce su arsenal. El primer párrafo, suficientemente detenido, es sobre el tópico de las barbas; el segundo indica por su solo cambio de sujeto que ha acabado la introducción y entramos en materia directa. Privilegiar un rasgo para identificar un todo es por supuesto retórica y no lógica analítico-argumentativa; "falacia metonímica", podría decir un análisis riguroso aplicado al

• Profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Alberto Paredes (Pachuca, 1956) investiga actualmente la obra de Flaubert en la Universidad de Rouen. Además de colaborar periódicamente en la sección de cultura de *Proceso*, Paredes ha publicado dos libros de poesía, *Derelictos* (1992) y *Contrapalabra* (2005), y diversas obras de crítica literaria, entre ellas *El arte de la queja* (1995), sobre López Velarde. El presente texto, así como la edición del ensayo de Mariátegui que le acompaña, son parte del volumen *El estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo XX*, de reciente aparición bajo el sello de Siglo XXI.

procedimiento lógico de Mariátegui. No estamos, pues, en el terreno de las razones absolutamente sólidas, sino de lo convincente. Lo cual muestra y atrapa la mano del retratista; en textos como éste (aparentemente menor) y en los *Siete ensayos…* (el libro que cifra la apuesta de su vida), Mariátegui no es un analista social "objetivo" o aséptico; es un hombre que puso su vida en sus convicciones: ¿de dónde dudar que cuando toma la pluma batalle y use sus ardides, es decir los recursos del ensayo literario? Aquellos recursos, ciertamente, que provienen de la oratoria romana: hablar para convencer. La barba tratada como emblema y alegoría. Terrenos de la retórica. Primer párrafo: presentar un elemento, todavía ajeno al uso concreto que se le dará. Símbolo complejo aquí; tiene identidad metonímica, claro: clásicamente, "la parte por el todo"; también es un tropo o imagen (reino de la metáfora): simboliza, dice por analogía. En otras palabras, "como es la barba es el modo de ser"; relación por símil y plasticidad; el tropo está girando; el escritor (Mariátegui) nos está "convenciendo" (sin razonar estrictamente) de que una barba (o el no portarla) dice —por reflejo: vías de la imagen— algo ya sobre la conducta e identidad del portador. Mariátegui explota de manera ejemplar la figura retórica del emblema. Es una parte que representa el todo; esa parte está tratada de tal forma que condensa y potencializa su carga significativa en el icono que se obtiene. Es metonimia y es metáfora. Emblema alegórico.

Todo en un español correcto y limpio. No puede extremarse el elogio o comentario a decir que hay figuras o construcciones sintácticas sorprendentes o concisión o agilidad ejemplares. Lo memorable de sus pocas páginas reside en el conjunto y en el recurso eje. El que escribe no oculta su simpatía y sabe expresar con unos cuantos detalles y datos el sentimiento que le provoca el modelo. El personaje descrito aparece con una manera de ser fuerte y clara, es una "personalidad" en el sentido de carácter notable. Triunfar en esta empresa verbal puede no parecer extraordinario pero bien que tiene lo suyo, pues requiere dominio cabal de la lengua escrita. Su equivalente plástico no sería en ningún caso un retrato al óleo sino, supongo, un dibujo de pocas pero bien dispuestas líneas y sombras (sombras emanadas de la muy frontal barba puntiaguda de chivo, entrecana y agresiva). Da la impresión de que quien no lo conozca o quien tenga una muy vaga noticia suya recibe, con este breve texto de Mariátegui, una introducción inmejorable. Goethe gustaba decir que un gajo de la naranja tiene el sabor de toda la naranja, y este esbozo de don Ramón ("el cabrón de don Ramón", le decía Unamuno) tiene todo su sabor. El genio pintado hasta las barbas.

Anotemos otra estrategia, en este textito aparentemente tan diáfano. Convencer porque otros opinan como el expositor. Y son "otros" de nota, que se expresan memorablemente. Falacia *ad autoritas*, en este caso. Hablo del alejandrino, usado como motivo rítmico, recurrente, de Rubén Darío ("Este gran don Ramón de las barbas de chivo") y de la larga cita de Waldo Frank. Ambos pasajes, por extensiones opuestas, se alían en la misma estrategia: una parrafada detenida y bien tramada de un prosista (Frank) y un verso proverbial y conciso de un poeta mayor. Todo ello crea una atmósfera de afinidades, complicidades para que el lector se contagie y acepte lo que se le expone. Esto es un ensayista que sabe usar sus citas.

Y como de costumbre, cometer un retrato exhibe al retratista. La pluma escueta, correcta y cálida es el ser humano llamado José Carlos Mariátegui. ¡Un marxista que ha empeñado su vida en ello, declarando su admiración a un (como él dice con su pluma precisa y en ocasiones arriesgada) "católico, apostólico y antidinástico" de tendencia anarquista! El elogio que hace Mariátegui de una España heroica, temeraria y colérica, para ahí insertar a su retratado, nos da la respuesta: en español tenemos un vocablo precioso para denominar esa suma torbellinesca de virtudes excesivas: *quijotismo*. ¿Alguien lo duda? Tan Quijote don Ramón como Mariátegui. El peruano, en este retrato que le dedica, tiene la altura humana (y literaria) como para homenajear el vigor quijotesco de uno de esos héroes civiles del 98. Que sabe que las convicciones políticas van emparejadas con el temblor de la fisonomía. Para Mariátegui, el socialismo, Hispanoamérica y la literatura misma son un humanismo. Su cauce literario idóneo: el ensayo.

Cuando murió, a sus escasos y densísimos treinta y cinco años de edad, el joven adulto José Carlos Mariátegui era un actor político fundamental, temido y perseguido, en su país; se había convertido en emblema del marxismo militante hispanoamericano; Antonio Gramsci se había hecho su amigo; adquiría una visión cada vez más compleja, analítica y antidogmática del marxismo y comunismo activos; sus escritos eran novedad pertinente y sustantiva en la discusión de América; además, el volumen de su *Crítica literaria* muestra cuán sensible era a la literatura y que también era "uno de los nuestros". Ahí dejó su vida a los treinta y cinco años. ~